

ESTADO FR

Sigue de la primera plana

si no se atiende al discurso sino a otros indicadores más sólidos, entonces la situación cambia y mucho.

Al cabo de medio siglo estamos dejando un Estado que se hacia más grande y que asumía cada vez mayores responsabilidades económicas y sociales en nombre de las mayorías populares. En contraste, ahora el Estado se hace cada vez más chico y pobre, pero un punto no ha cambiado: la nueva política también se hace en nombre de esas mismas mayorías populares, pues en un arranque ya no de espíritu revolucionario sino de espíritu de solidaridad, la clase política ha decidido beneficiarlas repartiendo entre ellas el producto de la venta de buena parte de las propiedades estatales acumuladas a lo largo de cinco decenios. Esta nueva política de pobreza estatal para paliar la pobreza de la sociedad está inspirada, ni más ni menos, que en el ejemplo de la decisión que hace casi siete siglos tomó el joven Francisco de Asís... y que terminó por convertirlo en un santo.

Es, pues, por un sentido profundo de la solidaridad y la justicia, que el gobierno ha decidido que las aerolíneas, los bancos, los teléfonos, Cananea, etcétera, deben ir a parar inmediatamente a la empresa privada para que con el producto de su venta se haga justicia a los pobres y reparar así una falta histórica. Ya sin las empresas, la tradicional concupiscencia de los administradores públicos no tendrá el campo fértil del pasado, y con el paso del tiempo desaparecerá y la honradez sentará sus reales en la vida pública mexicana... por vez primera.

★

Antes de seguir adelante y presentar explicaciones alternativas a la privatización del sector paraestatal, conviene hacer una crítica de la teoría franciscana del Estado en sus propios términos. Si realmente se deseara usar la riqueza acumulada en las empresas del Estado mexicano para auxiliar a los pobres, entonces si habría que vender o incluso regalar o cerrar las empresas realmente improductivas, pero no las otras. La erradicación de la pobreza no es algo que se resuelva con un acto único

de caridad por generoso que éste sea, sino mediante acciones planeadas y sostenidas por un plazo muy largo: el que se requiere para mantener y preparar a quienes hoy están hasta abajo de la pirámide social con el fin de permitir a ellos y a sus hijos—cobre todo a los hijos—ocupar empleos productivos y de alta calificación.

En estas condiciones no tienen mucho sentido declaraciones como las hechas en Cancún el 28 del mes pasado, por el subsecretario de Hacienda, José Angel Gurria, que señaló que el Estado mexicano no puede distraer recursos para aumentar la infraestructura de Teléfonos de México porque los necesita urgentemente para dar agua, luz, pavimentos y "policías honrados" (!) a los habitantes de las colonias populares. Si como admitió el propio subsecretario, Teléfonos de México tiene utilidades de mil millones de dólares anuales, ¿no les convendría más a los pobres que se siguera invirtiendo en Telmex y se les dedicasen a ellos por un tiempo indefinido—10, 20 ó 30 años—parte de las grandes utilidades en vez de que se les den por una sola vez los 6.500 millones de dólares en que se calcula el valor actual de la empresa telefónica? ¿Es no va a acabar con la pobreza en México. Y lo mismo podría decirse de los bancos. El valor de los bancos se calcula en 3.840 millones de dólares y sus ganancias netas para este año—proyectando las que se reportaron para el primer trimestre—, serán de 940 millones de dólares (La Jornada, 7 de junio). Si hoy se venden las empresas, pasados los primeros cinco o seis años, los supuestos beneficiarios empezarían a perder, pues a partir de entonces la suma de lo recibido de un solo golpe empezaría a ser cada vez menor respecto a las ganancias acumuladas de las empresas que ya fueron vendidas a la empresa privada.

Claro que lo anterior está basado en el supuesto de que efectivamente, los recursos que el gobierno reciba o ha recibido por sus bancos, teléfonos, minas, empresas aéreas, etcétera, se dedicarán a dotar de agua, energía eléctrica, pavimento, escuelas y mil cosas más a los pobres. Sin embargo, es muy probable

que una parte de lo que el gobierno reciba por sus empresas productivas—quizá la mitad—lo destinará a redimir parte de la enorme deuda interna que en la actualidad asciende a la nada despreciable suma de 155 billones de pesos (El Financiero, 14 de junio).

En resumen, si el objetivo central y único del gobierno en la venta de sus (nuestras) empresas fuera el que se ha señalado en el discurso oficial—mejorar la situación de los pobres—, entonces lo mejor sería no venderlas y luchar por eliminar su corrupción e ineficiencia. Entregarlas ahora al capital privado sería cambiar los beneficios de largo plazo por el proverbial plato de lentejas.

★

Veamos ahora algunas de las explicaciones alternativas de la política de privatización pero en las que no entran razones altruistas. Una consiste en considerar a la privatización un elemento indispensable para la creación del ambiente adecuado para el crecimiento rápido de la inversión privada interna y, principalmente, externa. Históricamente, y sobre todo des-

pues de la Revolución mexicana, la empresa privada—incluida la extranjera—se ha sentido en México como un actor secundario, dependiente de los caprichos de las élites gobernantes, que en un momento de nacionalismo como el de 1938 o de gran "emotividad" presidencial (para usar otra explicación aportada también por el subsecretario Gurria) como el de 1982, puede llegar tan lejos como nacionalizar a las grandes empresas petroleras transnacionales o arrancar la banca a la burguesía financiera nacional. Por ello, hoy, el gran capital, antes de comprometerse con el proyecto oficial exige que se disminuya radicalmente el papel económico del Estado para que en el futuro la élite política dependa de la económica y no viceversa.

Desde esta perspectiva, la entrega casi incondicional a los grandes empresarios de las compañías aéreas, telefónicas o bancarias—a precios atractivos—tiene mucho sentido pues es el hecho que restaña las heridas abiertas por las expropiaciones de Luis Echeverría o José López Portillo. Y las cifras hablan de manera

No Beneficia la Reprivatización a la Mayoría

¿Estado Franciscano?

- ★ La Pobreza no se Erradica Sólo con Actos de Caridad
- ★ Demuestran los Frios Hechos Quiénes en Verdad Ganan
- ★ IP, una Base de Poder Para un Gobierno Neoliberal

LORENZO MEYER

El 1° de junio, en Veracruz, el Presidente dijo a los asambleístas de la Concanaco que "el Estado vende sus bienes para resolver males sociales", pues es inaceptable que haya un Estado propietario frente a un pueblo con tantas carencias como el mexicano. En otras palabras, desde esta perspectiva resulta que es moralmente inaceptable un Estado que en 1982—año uno de la revolución neoliberal—era propietario de 1,155 entidades paraestatales cuando hay, según Pronasol, por lo menos 17 millones de mexicanos (20% del total de la población) son realmente pobres.

Si se guía uno exclusivamente por el discurso oficial, entonces se podría caracterizar al México actual como un país que ha dejado de tener un Estado populista y está dando forma a otro que bien pudiera llamarse franciscano, pues voluntariamente se despoja de su riqueza para entregarla a los pobres y poder vivir en una situación de honesta simpleza. Ahora bien,

A N C I S C A N O ?

clara, si en 1981 la inversión pública fue 45.4% de la inversión fija bruta real, para el año pasado la proporción era de apenas 24.8% en tanto que la privada ascendía a 75.2%. Todo indica que para 1994, la balanza estará aún más inclinada, pues sólo así se sentirá seguro y confiado el capital privado, motor central, por no decir único, de la modernización en marcha. Desde esta perspectiva, la renuncia del Estado a su riqueza tiene más que ver con los ricos que con los pobres.

La privatización como la prueba objetiva de que el Estado no volverá a alterar las reglas del juego en su favor y contra la empresa privada, es sólo una de las explicaciones. Otra es la necesidad del actual gobierno de forjar alianzas dada su debilidad inicial. Y no hay duda de que para el grupo hoy en el poder, le resulta más fácil y natural desarrollar alianzas con otros grupos igualmente selectos que tratar de crear-

las mirando hacia abajo, buscando a las mayorías para las cuales el neoliberalismo sólo tiene, en lo inmediato, la cruel realidad del mercado. Con la venta de Cananea, el salinismo no va a recuperar la lealtad del sindicato minero pero sí, en cambio, puede hacer del grupo que finalmente la compre, un gran aliado. Con la privatización de los bancos va a ocurrir lo mismo: se calcula que treinta familias ya presentes en los consejos de administración de las casas de bolsa, concentran un alto porcentaje de lo certificados bancarios de aportación patrimonial serie B (El Financiero, 3 de julio). Se trata de familias como Martínez Huitrón, Zambrano Treviño-Hellián, Hernández Ramírez, Chaa Salazar, Madero Bracho, Borja Navarrete, Ruiz Galindo, Santos, Garza Sada, Aranguren, etcétera. En fin, se supone que no más de una decena de grupos financieros van a controlar la banca cuando ésta se privati-

ce (EXCELSIOR, 30 de junio). Más aliados, pocos en número pero formidables en recursos.

★

En fin, la venta de industrias públicas realmente productivas, está beneficiando a quienes era natural que beneficiara: a los grupos privados que ya eran fuertes y que pueden ser una excelente base de poder para un gobierno neoliberal. No es a los desposeídos como señala el discurso oficial a quienes verdaderamente va a servir a la larga el desmantelamiento económico del Estado mexicano, sino a propietarios como el Grupo Vitro, el Grupo Durango, el Grupo Sabre, a la Eagle Cement Corporation o a Embotelladora Metropolitana (Pepsi), cada uno de ellos dueño ahora de un promedio de seis empresas que antes fueron del Estado y que ahora les permiten consolidar aún más sus cadenas productivas. Así, por ejemplo, el Grupo Durango ya obtuvo el control com-

pleto de la producción de celulosa de papel y maderas industrializadas. En menor grado, lo mismo ocurre con otros grupos o personas compradoras de paraestatales: Alemán Velasco, Grupo Visa, Abedrop Dávila, Industrias Nacobre, etcétera (El Financiero, 19 junio).

En conclusión, la idea de que los mexicanos pudiéramos pasar de la vida dentro del Estado populista postrevolucionario al Estado solidario al estilo San Francisco puede ser atractiva, pero las frías cifras y hechos demuestran que en verdad los que están ganando hoy en día el futuro no son ni mucho menos los favoritos del Pronasol sino los que ya eran ricos. No es justo, pero es lógico que así sea.

P.D. El autor de esta columna se va a impartir un curso de verano en una universidad extranjera y va a estar ausente de este espacio por cinco semanas ¡que disfrute de las vacaciones el lector!